

cer las exigencias de la naturaleza humana y la idea de la humanidad». (1)

Esto nos muestra cuanto se ha endurecido el mundo en esta manera de pensar: es un principio que no se comprende en un pedagogo como Enrique Zschokke, el autor de las *Horas de adoración*, principio que probablemente tomó de Goethe. (2) «Se han escrito, dice, verdaderas bibliotecas acerca de la educación, y, sin embargo, nada hay más sencillo. Del mismo modo que el animal y la planta se desarrollan por sí mismos, sucede también en el hombre. Los niños carecen de pecados y de virtudes; con razón se les llama inocentes. El llamado por los teólogos pecado original, no es otra cosa que la naturaleza animal del cuerpo». (3)

No menos asombrosa es la bravata que dirige á la honradez y á la virtud el evangelio de la moral libre, cuando, como un dragón de virtud cuya severidad no quiere concederle la más pequeña libertad, (4) juzga sin piedad los defectos de los pobres cristianos. Nos preguntamos á menudo si se trata de hombres hechos de polvo y lodo, cuando se les oye tocar el clarín de su propia santidad: siguen tan sólo su naturaleza, y por eso es bueno todo; no conocen la tentación, la sensualidad, las debilidades de la carne y de la voluntad, la predisposición al pecado. No vacilan en ostentarse como pavos reales ante Dios, é incensarse como santos; ni tienen vergüenza de decir en términos que recuerdan la oración del fariseo en el templo: «Oro como se puede orar, si practico el bien trabajando, si descanso como hombre honrado en bien merecidos laureles. Así ruego con toda rectitud y simplicidad, sirvo á Dios en la paz del corazón, no soy el vil esclavo de un sacerdote y tengo la paz». (5)

Bien se ve á qué monstruosa doctrina conduce el negar

- (1) Stirner, *Der Einzige und sein Eigenthum*, 480.
 (2) Goethe, *Aus meinem Leben*, 6, Buch (1830, XXV, 12).
 (3) Zschokke, *Selbstschau*, (4) 354 y sig.
 (4) Molière, *L'École des maris*, 1, 6.
 (5) Rau, *Natur, Welt und Leben*, 7.

la pecabilidad de la naturaleza; pero gustosamente creemos que deben atribuirse esas locuras á la falsa canonización de la naturaleza humana, más bien que á los hombres mismos, y que son éstos mejores que la doctrina que los ha extraviado, es decir, la herejía del Humanismo que diviniza al hombre y le rebaja.

5. d) La negación de Cristo y de la Redención.—

Siendo así, inútil parece decir que un partidario del Humanismo, si conoce el valor de sus principios, no puede admitir que Cristo sea el Redentor del mundo. Esto constituye el cuarto principio de la falsa doctrina del Humanismo moderno, siendo fácil encontrar la relación que entre aquellas proposiciones existe. Dijo muy bien Kolb que la Redención y la aparición de un Redentor quedaban excluidas por la negación del pecado original; (1) la necesidad de la Redención y la incapacidad del hombre para justificarse á sí mismo, son por lo tanto palabras que suenan en los oídos de esta generación tan mal como las de juicio, recompensa y castigo eternos.

Por esta razón, cuantos han jurado la bandera del pensamiento libre se esfuerzan en evitar todo lo que pueda hacerles recordar al Salvador y los misterios de su vida y muerte. «Enigma insoluble, dice Rossegger, este signo de la Redención constituye una pesadilla para el género humano moderno». (2) También Goethe, ese espíritu ordinariamente tan libre, cae en mortales inquietudes y pierde su calma olímpica, tan ensalzada, al solo recuerdo de Cristo. «Basta ya de la historia del buen Jesús, escribe á Mad. Stein; acaba por ser irritante é insoportable hacer que dependa de Cristo el nacimiento, la muerte, la salvación y la felicidad de todos los hombres». (3) Bien se comprende, por sus mismas palabras, que haya concluído por sentir hacia la obra de Cristo un odio digno de Juliano el Apóstata, (4) y que haya expresado ese odio en el famoso

- (1) Kolb, *Culturgeschichte*, (2) I, XVII.
 (2) Rossegger, *Wanderungen*, (1871) 168.
 (3) Baumgartner, *Goethe*, (2) I, 519.
 (4) Viehoff, *Goethes Leben*, III, 162.

epigrama, donde dice que puede tolerar y sufrir con calma la mayor parte de las cosas penosas, pero que detesta cuatro como el veneno ó la serpiente: «El humo del tabaco, los chinches, la fetidez y †». ⁽¹⁾

¡He ahí el poeta en cuyo espíritu se instruye por fuerza á nuestra juventud, como debiendo ser base de su manera de concebir el mundo; el poeta cuyas ideas se ofrecen á nuestro pueblo como el modelo de las más nobles y sublimes aspiraciones!

¿Cómo asombrarse entonces de que las blasfemias contra Aquél en quien halla la humanidad su salvación aumenten cada día, se hagan cada vez más groseras, y sean consideradas casi como una cosa de buen tono y como señal de un espíritu distinguido? Lleno de santa cólera Federico de Sallet, nos recrimina á nosotros los cristianos por adorar al Redentor, como á Hijo de Dios, y nos dice: «¿Cómo habéis podido desfigurar esa fisonomía humana, la más pura, para convertirla en un Dios grotesco, haciendo del Salvador la enseña de un impuro culto pagano, y objeto de una irrisión extraña?» ⁽²⁾

¿Qué más? Gizycki considera como una blasfemia contra nuestra propia naturaleza moral el pedir la asistencia de Jesucristo como Salvador. ⁽³⁾

6. La negación de la Iglesia y de los medios de salvación.—Inútil decir que tales teorías no están de acuerdo con la fe de la Iglesia en la mediación para la salvación y en los medios que nos comunica la gracia. El hombre del Humanismo es su propio señor, se dicta su propia ley, se crea su propia moral. ¿Peca? No hace más que ejercitar su propio derecho. ¿Quiere libertarse del pecado? Se basta á sí mismo para ello; pero no quiere que se diga que tiene necesidad de auxilio divino, y ni siquiera de mediación humana; puede con Helmar Friedemunt decir osadamente: «Represento mi propia causa; no necesito abogado». ⁽⁴⁾

(1) Goethe, G. V. (Stuttgart, 1853) I, 287.

(2) Sallet, *Laienevangelium*, (4) 398.

(3) Gizycki, *Moralphilosophie*, (1) 396.

(4) *Gesellschaft*, X (1904), 187.

Esta es una de las razones, como lo confiesa Teodoro Schultze, porque el espíritu moderno estima mucho más el Budismo que el Cristianismo; el Budismo, según él, es una religión hecha para hombres serios, no para niños, porque enseña que el hombre es su propio Redentor, y el Cristianismo lo niega. En el Budismo todo se gana por mérito personal; en el Cristianismo, al contrario todo se gana por los méritos de Jesucristo. Honor, pues, á la memoria de Budha, porque no ha cesado de dirigir á sus discípulos esta exhortación: No busquéis refugio más que en vosotros mismos. ⁽¹⁾

No es de extrañar, pues, ver cada día nuestra literatura llena de ataques, de burlas y de insultos contra todos los medios de salvación establecidos por el Redentor; y podemos insistir en el asunto tanto menos, cuanto que el mundo moderno incurre en aquel mal con inusitada frecuencia. Apenas puede abrirse un libro de literatura, una obra científica, un impreso cualquiera sin hallar frases que reproducen con fatigosa uniformidad en formas, ya groseras, ya refinadas, unas veces en son de burla, insultando otras, con apariencias de erudición ó en forma popular, los conceptos de Heriberto Rau: «Jamás existirá el bien en la tierra, si no predomina la razón, si no se jura odio á la estupidez, á la superstición, á las trapacerías y á la dominación de los sacerdotes. Será libre el espíritu, libre la esperanza, libre la fe, cuando no sean presa de la superchería sacerdotal y de la sujeción á los dogmas». ⁽²⁾

7. Profunda diferencia entre el Humanismo y la Humanidad.—He ahí el Humanismo. El dogmatismo clásico resume todas sus tendencias en estas palabras: La fe se ha perdido; se desvaneció la eficacia de la oración; se evaporó el mundo que se creía existir fuera del alcance de los sentidos; la religión pierde su contenido misterioso y desaparece cada vez más, ⁽³⁾ nuestra vida está ligada á la

(1) *Gesellschaft*, X (1894), 230-233.

(2) Rau, *Natur, Welt und Leben*, 146, 126.

(3) Radenhausen, *Isis*, (2) IV, 506 y sig.

tierra por modo indisoluble; de la tierra brotan nuestros goces; su vida nos indica nuestro destino, por eso es todo nuestro mundo. ⁽¹⁾ Paul Heyse explica esto aún más claramente cuando dice: «Ayudémonos los unos á los otros, ó nadie nos ayudará. No hay castigos eternos en el infierno, ni Dios vengador, ni mediador que nos haya redimido; pero conocemos el bien; no hay eternidad para nosotros. Seamos honrados, animosos y buenos aquí abajo; podemos serlo». ⁽²⁾ Teófilo Gautier, el inventor del arte por el arte, pone casi literalmente la misma profesión de fe en labios del héroe de su peor novela: «Soy un hombre del tiempo de Homero, dice, un pagano como Alcibíades. Jesucristo no ha venido al mundo para mí: no me bañé en el chorro que brotó del costado de Cristo; mi carne rebelde no quiere reconocer la dominación del espíritu. Para mí la tierra es tan bella como el cielo. Una forma acabada, he ahí la verdadera virtud; toda mi vida me inquieté más de la forma que del fondo». ⁽³⁾ Pero la expresión más inteligible y concisa de todo esto, ó para hablar como Duboc ⁽⁴⁾ y Fritz Schultze, ⁽⁵⁾ la expresión espiritual de los tiempos modernos, expresión que durante largo tiempo se ha presentado y buscado en vano, fué encontrada por L. Feuerbach, el Spinoza del siglo XIX, cuando dió como frase de consigna: La concentración en *lo de acá*.

Pero si tal es el Humanismo real y verdadero, Humanismo y Humanidad son cosas enteramente diferentes. Cierro es que, desde Herder, el Humanismo cambió su nombre por el de Humanidad, á la manera que en aquella época se decía virtud cívica por revolución, filantropía por decapitación, asociación de beneficencia en vez de asociación para matar; pero es de creer que nadie se dejará engañar con las palabras.

Nos basta con habituarnos á mirar el concepto moderno

(1) Radenhausen, *Isis*, IV, 468.

(2) Heyse, *Kinder der Welt*, (7) II, 223.

(3) Brandes, *Die Hauptströmungen der Lit. des XIX Jahrh.* (4) V, 256.

(4) Jul. Duboc, *Hunder Jahre Zeitgeist*, I, 44, 49.

(5) Fritz Schultze, *Der Zeitgeist in Deutschland*, 126.

del mundo, no de lejos, con temor, como un santuario á que no es posible acercarse, sino en sus fuentes. Resulta entonces que el Humanismo es á la Humanidad lo que el teatro á la vida real, lo rococo al arte, D. Quijote á Godofredo de Bouillón, el gongorismo al estilo de los proverbios populares. No queremos con esto decir que no haya nada de natural en él; al contrario, eso es lo que le da su fuerza; sin aquella base no podría subsistir. Pero lo mismo que en el héroe de Cervantes, la noble naturaleza y la más extraña locura están de tal modo unidas, que habría de renunciar á ser él mismo si quería ser curado de ésta, así en el Humanismo están lo verdadero y lo falso tan estrechamente ligados, que se vería obligado, para volver á la naturaleza, á rechazar lejos de sí aquello de que está más orgulloso. Por esta razón no tiene derecho alguno á referirse á la naturaleza, pues lo que él llama así no es más que una afectación y un fingimiento de la naturaleza, un don quijotismo, una naturaleza de teatro ó de novela.

8. El Humanismo no conduce á ninguna civilización satisfactoria, y esto por dos razones.—De esa manera no puede prosperar la verdadera Humanidad; verdad de que nos da testimonio la propia experiencia y el juicio del mundo mismo; si no quiere hacer caso del nuestro, concederá sin duda algún valor al suyo propio, y si buscara seriamente la verdad, le haría reflexionar el que precisamente los hombres y las épocas que tienen constantemente en los labios las palabras de cultura y progreso sean quienes se expresen siempre del modo más desfavorable acerca del verdadero estado de las cosas. El historiador de la civilización que se propusiera juntar los juicios más severos acerca del mundo, encontraría fácil su tarea; no tendría más que hojear los escritos de quienes, según frase de Sterne, se representan nuestro tiempo como una época de luces sin igual, cuyos rayos penetran hasta los rincones más pequeños. ⁽¹⁾

No siendo nuestra intención condenar al mundo injus-

(1) Sterne, *Voyage sentimental*, 12.

tamente, evitaremos con cuidado emitir nuestro juicio personal; dejaremos sistemáticamente que hablen sus hijos y sus concedores más autorizados: todavía atenuaremos deliberadamente sus opiniones, y por consideración á nuestros lectores, omitiremos las más peligrosas. Aun así, no será halagador el cuadro de la civilización moderna.

Hay, en efecto, una cosa indiscutible: El mundo no hace caso alguno de su moral y de su cultura aunque se vanaglorie tanto de su pureza y de su profundidad. Al final de los *Cautivos*, Plauto hizo ya este cumplido poco encomiador á los poetas y á los educadores del pueblo en la antigüedad: «Espectadores, esta comedia se hizo conforme á las buenas costumbres. No hay en él ni tentativas de seducción, ni hijos supuestos, ni estafas. Los poetas no escriben frecuentemente obras de este género en que los buenos aprendan á ser mejores». ⁽¹⁾

Pero una comedia ó una novela por el estilo serían tan excepcionales hoy como en aquella época. Teófilo Zolling, afirma de un autor de estos que cifran su gloria en imitar la vida moderna en lo que tiene de más naturalista, de Zola, que entre los numerosos caracteres descritos en sus nueve primeras novelas no se encontrarían siquiera ni los cinco justos necesarios para salvar á Sodoma. ⁽²⁾

Que no son exageradas estas opiniones, lo demostraría cualquiera obra de las que describen con alguna fidelidad la vida actual del mundo. La moral liberal no vacila en atribuirse la paternidad de empresas superiores, hacia las que ella sola puede dirigir la humanidad; pero si esa moral más elevada consiste, como dice el P. Heyse, el moderno Wienland—nos guardaremos de decir donde—en que el derecho natural del hombre, el derecho de lo bello, sea también el derecho á la excepción de la regla ordinaria en que las almas heroicas cortan el antagonismo entre la carne y el espíritu, ó, como él dice, el antagonismo de las obligaciones de diferente manera que la tímida raza de

(1) Plauto, *Capt.*, 1023 y sig.

(2) Zolling, *Reise un die Pariser Welt*, I, 159.

los espíritus vulgares, no es necesario, ni siquiera bueno, levantar la tapa que cubre esa moral; de otro modo, podría muy bien suceder que, bajo el blanco manto del Fari-saísmo, no se encontrara más que gusanos y huesos, ó tal vez mísero polvo. Habría que decir entonces con Béranger: «La palabra virtud en vuestra charla se parece á los grandes nombres históricos que un lacayo pregona en vuestra presencia. Los zancos de la etiqueta levantan mucho á corazones muy bajos». ⁽¹⁾

Verdaderamente, basta abrir los ojos para ver el trabajo que estos representantes del espíritu moderno se toman con el fin de salvar su dignidad y las apariencias; por esto, en *La Escuela de los blasfemos*, Sheridan, el hombre honrado que por tanto tiempo engañó á la sociedad con su virtud hipócrita, dice que desearía no haber empezado jamás á fingir aquel carácter, pues siempre se preguntaba si podría seguir haciéndolo mucho tiempo. ⁽²⁾ Y el mismo Goethe, que sabía exornar con tantas galas la perfección de la humanidad neo-pagana, confiesa sin rodeos, entre sus hermanos de las logias, que cuando considera á los hombres, le hace sonreír que el se les tome en serio, y que le es forzoso dar la razón al más sabio de los pueblos al resumir su experiencia en las siguientes frases: «Insensato es quien espera que mejoren los locos. Hijos de la prudencia, considerad siempre á los locos como locos, pues sólo eso les corresponde». ⁽³⁾

De esto al odio del hombre y al pesimismo, sólo hay un paso: las situaciones que el Humanismo ha creado á la humanidad son tales, que parecen favorecer demasiado aquel mal espíritu de encarnizamiento y de desprecio, que ciertamente desaprobamos, como no aprobamos tampoco el ardor con que los pesimistas aplican al mundo el juicio que merece.

Debemos declarar desde luego que no se necesita ser

(1) Béranger, II, 29.

(2) Sheridan, *L'École des blasphèmes*, I, 14.

(3) Goethe, *G. W.* (Stuttgart, 1853), I, 103 y sig.

pesimista para estar poco satisfecho de la civilización externa, de sus medios y de sus conquistas. Nadie, y nos referimos precisamente á los más entusiastas defensores de los tiempos modernos, desconoce cuán desfiguradas están nuestra civilización y nuestra conducta por las apariencias, el falso brillo, lo convencional y la mentira; el mismo Zschokke, ese charlatán incorregible, se ve obligado á confesar que la civilización, es decir, la civilización neo-pagana, es tan sólo un freno puesto á la brutalidad. ⁽¹⁾ En términos aún más duros se expresan otros. «Una especie de decoro contra naturaleza, dice Bogumil Goltz, se apoderó de las clases instruídas; es una filantropía intelectual, una religión intelectual, un entusiasmo vacío por teorías incessantemente repetidas, una hipocresía moral, una gatzmoñería que no suele alcanzar á los corazones, si bien á veces les corrompe profundamente». ⁽²⁾ Goethe, emite un juicio no menos severo cuando nos inicia en las impresiones que le suministra su experiencia respecto á los singulares errores que minan la sociedad: «Religión, moral, ley, estados, relaciones, hábitos, todo, según él, existe solamente en la superficie de la vida. Las calles formadas por soberbias casas se mantienen limpias, y cada cual se porta decorosamente; pero á menudo ese oropel encubre muchas inmundicias, y oculta más de un muro podrido que se desmorona durante la noche». ⁽³⁾

En cuanto á la verdadera formación del espíritu, de que están más orgullosos los modernos, se expresan los péritos de tal modo, que bastaría para curar radicalmente á quien sintiese deseos de marchar con ellos. Federico Rückert encuentra baladíes las conversaciones de los hombres en sociedad, pareciendo como si alguien tolerase mejor su fastidio compartiéndole con otro. ⁽⁴⁾ Y si se pretextara que ese poeta habla de tiempos ya pasados, respondería Ro-

(1) Zschokke, *Selbstschau*, (4) 221.

(2) Bog. Goltz, *Die Bildung und die Gebildeten*, II, 258.

(3) Goethe, *Aus meinem Leben*, (Stuttgart. 1855. XI, 85).

(4) Rückert, *Weisheit des Brahmanen*, 3, 34.

berto Hamerling: «¡Ah! es una vida llena de amargura el sentirse solitario, con el alma llena de hiel, suspirando en fúnebre arpa las bellezas de un pasado que ya no existe. Con que entusiasmo, ¡oh Porvenir! entonaría un himno en honor tuyo, con qué dicha y con qué transportes de júbilo llevaría yo mismo tu bandera, si viese la aspiración interna elevarse en vuelo de águila, igualando en rectitud y solidez la verdad de la existencia! Pero ¡ah! que en vano buscan las miradas esa bella realidad. ¡Oh, genio del siglo, tú que dominas con tanta majestad en los tesoros que supiste conquistar, cuán pobre eres! Por numeroso que sea el enjambre de poetas, ninguno doble la rodilla delante de ti». ⁽¹⁾

«Decís que mueren los encantos de las artes y de la poesía, que surgen los pueblos á nueva vida, que la fuerza y el orden de los Estados, la fijación de las razas, son los más altos fines, los que rejuvenecen eternamente á la humanidad. Pero yo os digo: Magnífica con la unidad, la grandeza, la fuerza de los pueblos; sin embargo, en vano despliegan su magnificencia, si no lleváis en vuestra alma la chispa divina, si crece en vuestro corazón el germen de la corrupción interior». ⁽²⁾

Y si alguien dijese que este hombre no penetró en las filas más distinguidas de la sociedad, he aquí otro poeta que en ellas estaba en su verdadero terreno, un verdadero hijo de nuestro tiempo, uno de sus favoritos, á la vez que uno de sus más perspicaces observadores y uno de los más hábiles pintores de esa sociedad que perfectamente conocía, el infortunado Puschkin, que dice: «¡Qué enojoso es no ver más que banquetes y más banquetes, fiestas y más fiestas, sin encontrar otra cosa más que formalismos en vez de la vida, vegetar como los seres sin inteligencia y sin pasiones! ⁽³⁾ Todo lo que se encuentra en los salones es insípido y ficticio, todo enojoso é incoloro, todo, hasta la

(1) Hamerling, *Schwanenlied der Romantik*, n.º 33 (1), p. 39.

(2) *Ibid.*, n.º 35 (1), p. 41.

(3) Puschkin, *Eugen Onegin* (Seubert), 8, 11.